

UN BUSTO Y UNA LECCIÓN ¹

Dammatio memoriae: De este modo se aludía en los tiempos antiguos a la costumbre que tuvieron algunos faraones, reyes y emperadores, de suprimir o mutilar el rostro en las efigies de aquellos enemigos suyos a quienes, finalmente, habían logrado sustituir en el poder. Hace algunos años un invitado a disertar públicamente en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, sostuvo que el nombre de un epígono del nacional-catolicismo no era el más apropiado para una universidad con fama de tolerante y abierta, por lo que proponía cambiarle a ésta su denominación. El sectarismo o la obsesión por lo políticamente correcto, pueden ser tan atrevidos como la ignorancia. En el mejor de los casos, cabe suponer de aquel invitado que desconocía cómo el ambiente de libertad intelectual, comunicación y convivencia entre profesores y alumnos que siempre caracterizó a la institución académica que lo invitaba y le permitía censurar en ella al propio Menéndez Pelayo, provenía también del magisterio de D. Marcelino. Quienes aprendieron directamente de éste, Menéndez Pidal, Bonilla San Martín, Aguilera, Cossío, Sáiz Rodríguez... no se fijaron tanto en la ideología de su maestro cuanto en sus modos de trabajo intelectual, aquellos que inspiraron los cursos de verano puestos en marcha por la Sociedad Menéndez Pelayo en 1918. Se comprende así que, años después, D. Fernando de los Ríos a la sazón Ministro de Instrucción Pública, encontrara en aquellos cursos los valores cívicos y culturales que él mismo perseguía

¹ Este texto fue leído por el Presidente de la Real Sociedad Menéndez Pelayo, Ramón Emilio Mandado Gutiérrez, el 18 de octubre de 2009, en la sede de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, con ocasión de colocar un busto del erudito en el Palacio de la Magdalena, sede de la Universidad

como mentor cualificado de la II República Española y los favoreciera convirtiéndolos en Universidad Internacional. De igual modo, aquel gran ministro, atendiendo el consejo de Artigas de soslayar sectarismos ideológicos, no hizo caso a quienes le demandaron que retirara la estatua de D. Marcelino de la escalera de la Biblioteca Nacional. D. Fernando de los Ríos, republicano y socialista culto e inteligente, no era mezquino y a diferencia del invitado a disertar años después en la UIMP, nunca fue partidario de la *damnatio memoriae*

Es grato comprobar cómo algunas lecciones del pasado sirven aún hoy para una ejemplar pedagogía de lo público: De modo encomiable, la Escuela taller de Santander ha rescatado del olvido un busto de D. Marcelino y de modo más encomiable aún, dicha efigie va a ser exhibida con dignidad en la sede de la UIMP. Enhorabuena por ello a las autoridades municipales y académicas. Gestos como ése son signos de la normalidad civil y democrática que la sociedad española se merece y evidencian que la lección de elegancia intelectual y convivencia ciudadana brindada en su día por D. Fernando de los Ríos no cayó en saco roto... a pesar de algunos. En ocasiones D. Marcelino se refirió a sus adversarios con demasía verbal y en unos términos inapropiados e injustos que más tarde lamentó. Sin embargo no fue un mediocre, pues al contrario de lo que otros hicieron con él, nunca ignoró a quien destacaba dentro de un ideal o una escuela sumiéndole en la *damnatio memoriae*. Justamente por eso, sus particulares filias o fobias no han impedido que sus escritos se revelen como una síntesis veraz y rigurosamente documentada de obras y autores o que figuras tan distantes de su machamartillo católico, como Luis Araquistain, Jorge Luis Borges, Adolfo Bioy Casares, Mario Vargas Llosa..., los hayan elogiado suscribiendo muchos de sus análisis y puntos de vista.

Por motivos diversos, autores tanto de la Generación del 98 como del 14, Uamuno, Baroja, Ortega, Azaña..., fueron muy severos, injustos incluso, con los usos políticos y las tendencias culturales de la época de La Restauración. De sus críticas, en algunos casos tan ácidas como las de D. Marcelino, no se libraron ni el Krausopositivismo de los institucionistas, ni la Generación del 68, ni el Regeneracionismo, ni por supuesto las distintas variantes del pensamiento conservador o revolucionario. Hoy sabemos, sin embargo, que nunca se podrá explicar bien el esplendor cultural que alcanzó España durante el primer tercio del siglo XX, la europeidad o el vanguardismo de aquella Edad de Plata de la cultura española, sin la inquietud intelectual que sembró un grupo destacado de personajes decimonónicos, burgueses y cultos, patriotas e idealistas, radicales a veces en la expresión de sus ideologías respectivas pero que, finalmente, aprendieron a ser tolerantes y generosos en sus comportamientos sociales y trato

personal: Es el liberal e institucionista Clarín quien, sin privarse de censurar la *hybris* verbal de D. Marcelino, escribe de éste que “*comprende y siente lo moderno con la misma perspectiva y grandeza que la Antigüedad y la Edad Media; su espíritu es digno hermano de los grandes críticos y de los grandes historiadores modernos*”. A la vez es el católico y conservador Menéndez Pelayo quien frecuenta el trato amistoso de D. Emilio Castelar, su oponente liberal y masón, o quien responde al discurso con el que ingresa en la Real Academia el librepensador D. Benito Pérez Galdós... aquel novelista filo-republicano al que saludaban con respeto los Reyes, en particular D^a Victoria Eugenia, cuando pasaban por delante del jardín de su casa santanderina.

La Ciudad de Santander puede acreditar una antigua vigencia en ella de ese pluralismo intelectual y convivencia ciudadana que expresa la instalación del busto de D. Marcelino en la sede de la UIMP. Es un elemento de su historia que nunca debiera ser silenciado por los tópicos o los complejos domésticos de algunos. Por eso conviene aprovechar la oportunidad del busto y la lección que lo acompaña, para ponderar la altura de miras de aquellos herederos de los adversarios intelectuales de D. Marcelino (D. Fernando de los Ríos, D. José Gaos, D. Manuel García Morente, D. Rafael Altamira...) que supieron coincidir en el impulso de iniciativas culturales de vanguardia (Centro de Estudios Históricos, Junta para la Ampliación de Estudios, Ciudad Universitaria de Madrid, la propia Universidad Internacional de Santander...), con quienes se habían formado en el aprecio por lo español, en el rigor procedimental y en la erudición humanística de D. Marcelino.

Por tratarse de una lección bien aprendida, en la Real Sociedad Menéndez Pelayo se frecuenta la obra de quien la propia Sociedad se honra en tomar su nombre, pero también se frecuentan las de D. Francisco Giner, D. Gumersindo de Azcárate, D. Manuel Bartolomé Cossío, D. Julián Sanz del Río, D. Augusto González de Linares, D. Manuel Ruiz de Quevedo, D. Enrique Diego Madrazo... Entre los miembros de la Sociedad siempre se procedió así (y sirvan para atestiguarlo los ochenta y cuatro números del *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*) incluso cuando no era fácil, siendo los periodos en los que ese estilo intelectual cuajó sin ningún género de reservas, los mejores para la Sociedad... lo mismo que para España y para la UIMP. Por eso, ignorar o minusvalorar los antecedentes y la tradición que Santander tiene como ámbito de tolerancia o como escenario genuinamente mundano del saber, sería hoy una lamentable expresión de pereza intelectual... un injustificable ejercicio de *damnatio memoriae*.

RAMÓN EMILIO MANDADO GUTIÉRREZ
PRESIDENTE DE LA REAL SOCIEDAD MENÉNDEZ PELAYO